

5

La inseguridad lingüística de los dominicanos

No es caprichoso afirmar que, en sentido general, los dominicanos revelan una actitud de pesimismo al enfrentarse con la realidad de los graves problemas sociales y económicos que han sufrido generación tras generación. Durante décadas, el devenir de diversos acontecimientos históricos y políticos del país parece haber creado en la mente de muchos ciudadanos un sentimiento de frustración que los lleva a pensar que los problemas nacionales no tienen solución, que ‘esto no hay quien lo arregle’. A veces se llega, incluso, a una especie de fatalismo religioso.

En un reciente noticiario de televisión en el que se ofrecían las opiniones de varios choferes del concho en Santo Domingo con relación al aumento del precio de la gasolina y del costo de la vida en el país, uno de ellos expresó lo siguiente: ‘*Yo le voy a decir algo. Fíjese. Eto e cuestión de profecía, cumpliéndose. Eso e parte de la Biblia. O sea, que nadie va a resolver eto. Ningún presidente.*’ Otro comentaba: ‘*Yo voté por el presidente creyendo su promesa de que iba a bajar la comida y la gasolina. Pero todo son iguale: cuando llegan arriba, se olvidan del pobre.*’

En estas circunstancias, luce comprensible tanto el deseo de una gran cantidad de dominicanos de emigrar a otros países cueste lo que cueste, como la creencia generalizada de que lo extranjero es superior a lo nativo. No resulta inverosímil suponer que este estado de cosas haya ocasionado algún efecto en la percepción que tiene la población sobre la modalidad de español que habla.

Hace varios años, González Tirado (1987) planteó la idea de que mu-

chos dominicanos tienen un tipo de *complejo de inferioridad lingüística* que los mueve a preferir las formas no hispánicas por considerarlas más distinguidas y prestigiosas que las castizas. De esta manera, el autor trata de encontrar la explicación por la que en el país se acogen con tanta facilidad los préstamos de procedencia inglesa, no solo en el habla corriente, sino especialmente en las narraciones deportivas, en la prensa escrita, donde aparecen expresiones como *money player* (‘jugador de dinero’), *implementar un acuerdo*, *paquete de medidas*, *teacher*. Ese complejo se nutre, según él, de la falsa creencia de que una lengua (el inglés) es superior a otra (el español).

Pero este sentimiento de inferioridad de los dominicanos se manifiesta también con relación a otras variedades del español, es decir, con respecto al español hablado en otras partes. Es bien sabido que muchos dominicanos tienen una actitud negativa hacia su propia manera de hablar y la consideran inferior, menos correcta, que la de otros países hispánicos. Experimentan el fenómeno que los sociolingüistas denominan *inseguridad lingüística*. Según se indicó en la sección introductoria, esto ocurre cuando el hablante cree que su modo de hablar no es correcto y, como consecuencia, existe un desacuerdo entre las formas que él considera adecuadas y las que en efecto utiliza en su habla espontánea.

Parece lógico pensar que los dominicanos que tienen inseguridad lingüística, es decir, los que creen que su modo de hablar es inferior al de otros, traten de abandonar las formas propias, que juzgan incorrectas, para reemplazarlas por las ajenas, que evalúan como superiores. Sin embargo, no es eso lo que generalmente sucede. Las personas que consideran su modo de hablar inadecuado o poco elegante, siguen hablando igual y raras veces lo sustituyen por otro. ¿Cómo se explica esta contradicción?

La respuesta a este dilema se encuentra en el hecho de que la conducta verbal constituye un acto mediante el cual los hablantes afirman su identidad, no solo desde el punto de vista individual, sino también como miembros de un grupo social, como residentes en una región y como ciudadanos de una nación. Este valor social del habla como indicador de la identidad y lazo de unión entre los miembros de un grupo, fomenta en los hablantes el desarrollo de un sentimiento de *lealtad*

lingüística que los ata al modo de hablar de su comunidad. En este sentido, se produce un choque entre dos posiciones encontradas: la inseguridad y la lealtad. La fuerza negativa de la inseguridad queda así neutralizada por el poder positivo de la lealtad y esta antítesis genera un equilibrio dinámico que permite la actuación y el desenvolvimiento natural de los hablantes como usuarios competentes de su dialecto. En definitiva, parece confirmarse aquí el sentido de la sentencia de José Martí: *Nuestro vino es agrio, pero es nuestro vino*. El valor de la identidad social y de la lealtad al grupo (la idea de lo propio, lo *nuestro*), pesa tanto o más que la admisión de debilidad o el reconocimiento de la miseria (la conciencia de lo *agrio*).

No hay que ser sociólogo para entender que la pertenencia a un grupo impone un compromiso que por lo general no se puede ignorar fácil e impunemente. Por eso la lealtad lingüística es un factor que favorece eficazmente el mantenimiento de los dialectos y de las hablas populares por más desprestigiados que estén. Abandonar la propia forma de hablar para adoptar una ajena, implica incurrir en un desacato que la comunidad no suele tolerar: *la deslealtad lingüística*. Casi siempre, esa sustitución es considerada por los demás como un acto de arrogancia y de traición al grupo, a la región, al país. Consecuentemente, la condena social no se hace esperar y la persona afectada recibe como sanción las burlas y el rechazo de familiares, amigos, vecinos, compañeros de trabajo y de la comunidad en general.

Por otra parte, en el caso de que alguien intentara imitar el modo de hablar de otro lugar, nada garantiza que su esfuerzo sería exitoso. No basta con la voluntad de *querer* hacer algo: hace falta tener la capacidad y el entrenamiento necesarios para *poder* hacerlo. La adquisición de un nuevo dialecto puede ser una tarea menos difícil que el aprendizaje de una segunda lengua, pero no deja de ser un asunto complejo que envuelve el dominio de un sistema completo, con distintas formas de pronunciación y curvas de entonación, otras estructuras sintácticas y diversas unidades léxicas. Supuesta la capacidad, el manejo adecuado de todo esto requiere una enorme inversión en esfuerzo y en tiempo. Desde esta perspectiva, se entiende con mucha claridad que no es tan fácil dar el paso y decidirse a sustituir su manera de hablar por la de otros. Sencillamente, el riesgo de hacer el ridículo es demasiado alto.

Por eso, cuando algunos dominicanos se empeñan, por ejemplo, en pronunciar la *zeta*, pero siguen utilizando formas como *papa* (no *pata-ta*), *carro* (no *coche*), *Lo conozco desde niño* (no *Le conozco desde niño*), *Ustedes hablan bien* (no *Vosotros habláis bien*), su intento resulta no solo risible, sino también incoherente e incompleto.

Como es natural, lo expuesto en los párrafos anteriores no implica un anquilosamiento de los grupos sociales y de sus respectivos sociolectos. Una realidad incuestionable en la República Dominicana y en otros países es la movilidad social. Por razones económicas y de ascenso en la dimensión escolar o académica, hay personas que se desplazan de un grupo a otro. Es razonable suponer que un joven de clase social baja que logra asistir a la universidad y graduarse de abogado, por ejemplo, adquirirá el estatus social y la competencia lingüística necesaria para poder interactuar de tú a tú con los miembros de grupos más altos. Cuando se encuentra en casa visitando a sus padres, sin embargo, se ve impulsado a emplear una variedad de habla acorde con la situación, que no hiera la sensibilidad ni viole la intimidad de su círculo familiar. Las ideas precedentes han recibido corroboración en diversas ocasiones. En un estudio sobre el español de los dominicanos en Nueva York, Toribio (2000) destaca que los dominicanos que residen en esa ciudad norteamericana mantienen firmemente su dialecto a pesar del estigma que pesa sobre él, menospreciado incluso por ellos mismos. Muestran un alto grado de lealtad lingüística, porque el modo de hablar constituye el medio más importante con que cuentan para expresar su dominicanidad. Es cierto que su español no tiene prestigio abierto en el contexto general de la sociedad, pero sí disfruta de prestigio encubierto, porque actúa como un claro indicador de pertenencia a un grupo y como símbolo de su identidad nacional, ligada con el pasado hispánico y opuesta a la de sus vecinos haitianos de origen africano. Uno de los comentarios citados por la autora corresponde a una joven informante que expresa lo siguiente:

‘La cultura dominicana incluye mucho el idioma. Yo diría que ser dominicano y hablar español es importante, por no decir original. El dominicano que no hable español [dominicano] puede sentirse igual de orgulloso, pero le falta algo.’

Por su parte, Alvar (1986) estudió las actitudes de un grupo de dominicanos que debían evaluar unas grabaciones en las que aparecían dos

voces representando la modalidad lingüística norteña española y dos, la variedad dominicana. Una de las conclusiones del análisis es que la mayoría de los informantes preferían el español peninsular por considerarlo mejor, más correcto. Sin embargo, no faltaron quienes expresaron su preferencia por la variedad dominicana aduciendo que les parecía más fácil de entender y, sobre todo, porque era dominicana, es decir, por su valor de símbolo de la nacionalidad. Según los resultados del estudio de Alvar, se confirma que aunque muchos dominicanos de todos los niveles socioculturales piensan que el español hablado en su país es peor que el empleado en otros lugares, específicamente en España, entienden que su utilización constituye un valor que merece ser conservado como forma de expresión de lo propio, en oposición a lo ajeno. De nuevo se percibe el equilibrio entre dos fuerzas antagónicas que gobiernan la actuación lingüística de muchos dominicanos: la inseguridad y la lealtad.

A conclusiones similares a las expresadas anteriormente llega también el estudio de Turley (1998) sobre las actitudes de los santiagueros sobre su propio modo de hablar en comparación con el de los capitalinos. Junto al sentimiento de inseguridad lingüística que los lleva a evaluarse negativamente, también manifiestan orgullo y estima por su forma de hablar. Prefieren en general el modo propio al de La Capital cuando lo consideran en términos vagos o globales, pero si se enfrentan a preguntas sobre formas lingüísticas específicas que están estigmatizadas, entonces su grado de orgullo lingüístico decae significativamente.

Con la intención de recoger información directa sobre estos temas, recientemente realicé un sondeo en el que se pidió a un grupo de 138 jóvenes universitarios de Santo Domingo y de Santiago que expresaran su acuerdo o su desacuerdo con el siguiente enunciado:

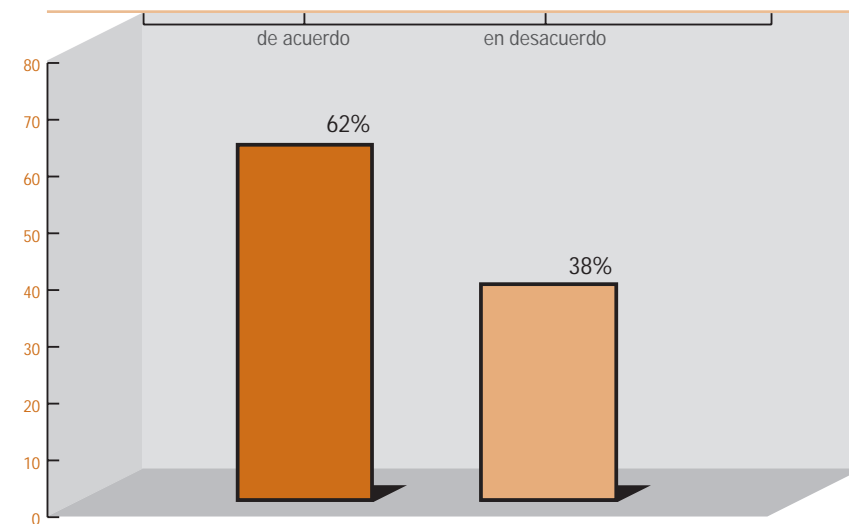
‘El español que hablamos los dominicanos es peor y menos correcto que el que se habla en otros países, como España y Colombia.’

muy de acuerdo de acuerdo en desacuerdo muy en desacuerdo

Los encuestados, estudiantes del Recinto Santo Tomás de Aquino de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra en Santo Domingo

y de la sede central de Santiago de la misma universidad, debían seleccionar dentro de una escala valorativa como la que se muestra aquí su grado de aprobación o desaprobación del enunciado anterior y de otros similares.

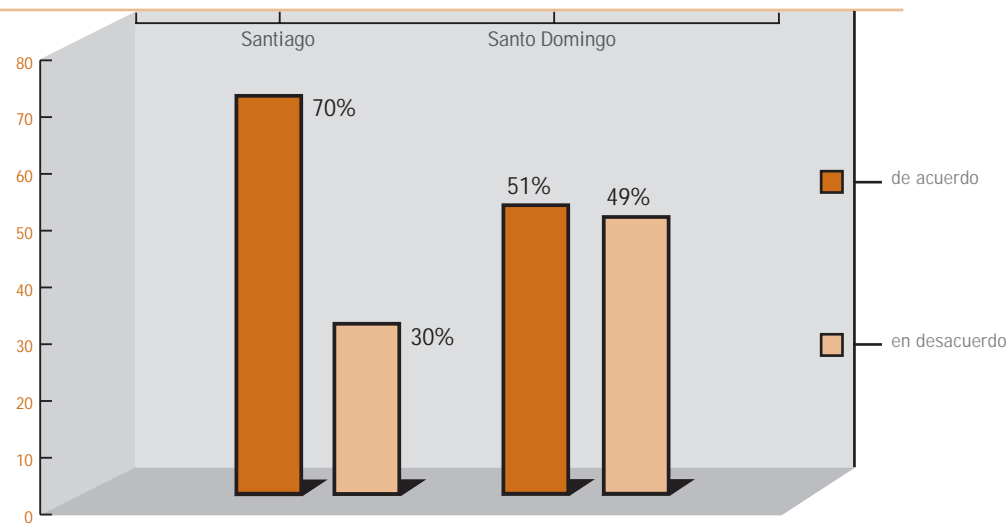
Según se puede observar en la gráfica 5.1, que recoge los resultados de la encuesta con respecto a la afirmación citada, el 62% de los estudiantes manifestó que estaba de acuerdo, lo que confirma la idea tantas veces reiterada de que muchos dominicanos no juzgan positivamente su manera de hablar el español. En otras palabras, se verifica la presencia en la conciencia lingüística de la mayoría de los encuestados de cierta dosis de inseguridad, ya que revelan la existencia de un desajuste entre las formas que ellos consideran correctas y las que realmente utilizan al hablar. Es importante notar, además, que dentro del 62% que comparte la creencia expresada en el enunciado, la mayoría (el 75%) no solamente está de acuerdo, sino que manifestó estar *muy de acuerdo* con ella.



Hay que hacer constar, sin embargo, que los índices de aprobación y desaprobación del enunciado evaluativo resultaron muy diferentes en ambas ciudades. En Santiago, el nivel de aprecio al habla del país es inferior en un 19% al que se da en La Capital. Como indica la gráfica 5.2, en la ciudad corazón del Cibao, un 70% concuerda con la idea de que el español de los dominicanos es inferior al de otros lugares y so-

GRÁFICA 5.1
‘El español hablado por los dominicanos es menos correcto y peor que el de otros países, como España y Colombia.’

lo el 30% desaprueba dicha afirmación. En cambio, en Santo Domingo, casi la mitad de la muestra, el 49%, expresa su rechazo al enunciado, lo que debe interpretarse como una afirmación de aprecio o conformidad con su forma de hablar. Se puede decir entonces que los capitalinos superan a los santiagueros en lo que respecta a su seguridad lingüística, que a su vez es un reflejo de lo que podría llamarse la satisfacción o la estimación de su propia modalidad lingüística. Estos hechos resultan comprensibles si se piensa que La Capital, sede de la administración gubernamental, es un centro urbano más importante que Santiago, con todo lo que eso implica en cuanto a la concentración de la mayoría de las actividades de la vida económica, cultural, social y deportiva del país. Como es lógico, tales circunstancias tienden a infundir en sus habitantes un grado más alto de orgullo y de aprecio social. La diferencia de valoración del español dominicano según la zona de residencia, parece también coherente con la evaluación que se da a



GRÁFICA 5.2
‘El español hablado por los dominicanos es menos correcto y peor que el de otros países, como España y Colombia.’

ciertos rasgos del dialecto de cada región. Como se indicó anteriormente, el cambio de /r/ en [l] (*puerta* → *puelta*), propio de La Capital, es percibido por la mayoría como más aceptable que el de /r/ en [i] (*puerta* → *pueita*), de fuerte connotación rústica y característico de la región del Cibao, donde se ubica Santiago. Ahora bien, resulta altamente significativo el hecho de que la opinión

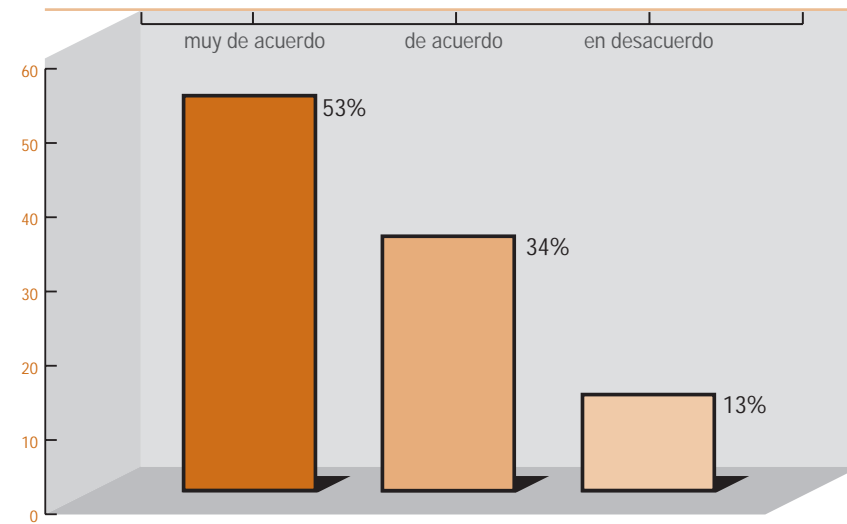
de la inmensa mayoría de los encuestados cambia drásticamente cuando la cuestión se plantea en términos positivos y el enunciado valorativo resalta de forma explícita la capacidad del dialecto de servir como símbolo de la nacionalidad.

Una de las afirmaciones sometidas a evaluación fue la siguiente:

‘Nuestra manera de hablar el español nos identifica como dominicanos; por eso no se justifica el tratar de imitar el habla de otros países.’

Según se puede apreciar en la gráfica 5.3, la reacción suscitada por este enunciado fue abrumadoramente favorable. El 87% (53+34) de la muestra de estudiantes está de acuerdo, y más de la mitad está *muy de acuerdo*, con el valor del español dominicano como marcador de la identidad nacional.

Después de terminada la encuesta, a varios informantes se les preguntó de manera informal si estarían dispuestos a tratar de hablar como españoles o como mejicanos. Todos reaccionaron inmediatamente di-



GRÁFICA 5.3
‘Nuestra manera de hablar el español nos identifica como dominicanos; no se justifica el tratar de imitar el habla de otros países.’

ciendo que eso sería *imposible*, exponiendo razones como estas: ‘*mi familia me desheredaría*’, ‘*me echarían de casa*’, ‘*sonaría ridículo*’, ‘*los amigos se reirían de mí*’.

Tales resultados demuestran que la inseguridad lingüística reviste una complejidad mayor que la que suele asignársele y que para lograr una mejor comprensión del fenómeno, su análisis debe realizarse conjunta-

mente con el del orgullo y la lealtad a la comunidad de habla. Todo lleva a pensar que, excepto tal vez en situaciones patológicas, la inseguridad lingüística deja espacio para el aprecio y el apego a la modalidad lingüística propia.

Si se comparan los datos recogidos en las gráficas 5.1 y 5.3, se puede extraer la conclusión de que en realidad, aunque parezca contradictorio, el sentimiento de inferioridad es superado por el de solidaridad o de lealtad. El primero, manifestado por la creencia de que el español hablado en el país es inferior al de otras zonas (*nuestro vino es agrio*), es sostenido por el 62% de la muestra. En cambio, el segundo, expresado por la idea de que el modo de hablar constituye un símbolo de la dominicanidad y que por tanto no se justifica imitar a otros (*pero es nuestro vino*), es compartido por el 87%. De manera coherente con lo expuesto con anterioridad, los datos corroboran una vez más el equilibrio entre la inseguridad y la lealtad. Ambas establecen una relación de mutua tolerancia, creando el ambiente propicio para su convivencia pacífica.

En oposición al estado mental llamado inseguridad lingüística, existe *seguridad lingüística* cuando el hablante piensa que las formas utilizadas son correctas. Sucede así en muchas ocasiones en las que el uso coincide con los modelos de la lengua estándar, como sería el caso de frases del tipo *Me duele la cabeza* o *Hace mucho tiempo que no llueve*. Pero también exhibe seguridad el hablante que, creyendo que son válidas, utiliza formas alejadas del modelo académico. A este respecto, junto a la inseguridad general mostrada por muchos dominicanos cuando opinan que hablan peor que los hispanos de otros países, también exhiben una gran seguridad en el uso de ciertos fenómenos particulares en los que hay un error de algún tipo. Entre otros se puede citar el caso de la palabra *digresión*, que muchos pronuncian *disgresión*, convencidos de que en la primera versión se ha eliminado una /s/. Algo semejante sucede con oraciones como estas:

La secretaria LE avisó a todos los muchachos.

El profesor se LOS contó. (por El profesor contó un chiste a los estudiantes)

En la primera se utiliza erróneamente *le* en vez de *les*, y en la segunda *los* en lugar de *lo*. Pero muchos hablantes, tanto en la República Dominicana como en otros países, están completamente *seguros* de que en ambos casos las formas empleadas son las correctas.

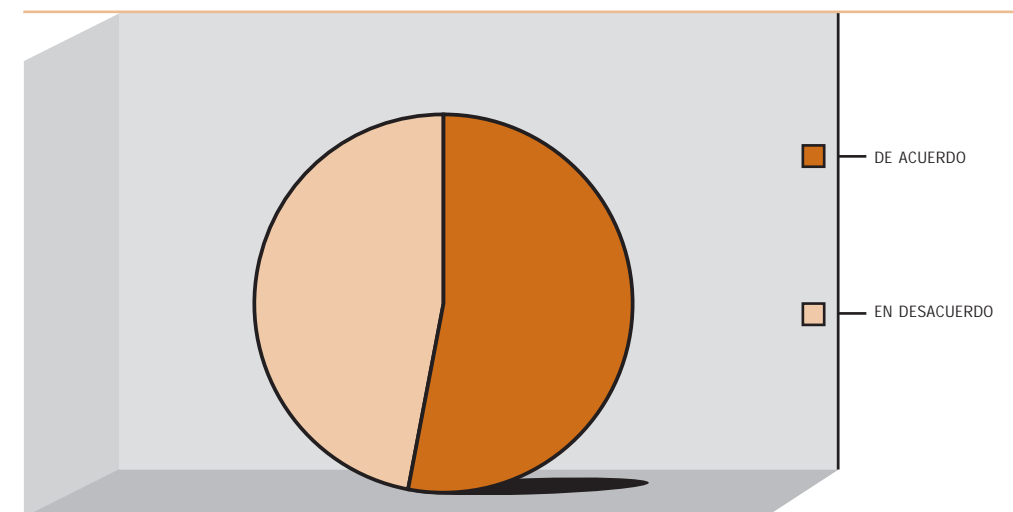
Lo mismo puede decirse de la pluralización del verbo *haber* impersonal (*no habían libros, habemos siete*). En el país, un alto porcentaje de personas de todos los grupos sociales está convencido de que esas formas, que la mayoría utiliza con tanta frecuencia, son correctas.

Para verificar esta creencia, una de las aseveraciones incluidas en el cuestionario respondido por los informantes fue la siguiente:

Considero correcto decir 'Durante la huelga hubieron muchos desórdenes'.

Según indica la gráfica 5.4, más de la mitad de los 138 estudiantes universitarios entrevistados, el 53%, considera correcto el uso de *hubieron desórdenes*. Esta cifra puede parecer baja, pero no hay duda de que si sucede así entre estudiantes universitarios, que en clases recientes han recibido información explícita sobre el tema y han sido entrenados en el uso de la forma académica, en otros círculos de personas el porcentaje de aprobación será mucho mayor.

Antes se ha sugerido la posibilidad de que el origen de la inseguridad



lingüística esté relacionado con una serie de factores sociales, políticos, económicos. Pero no se ha dicho nada acerca de alguna explicación de tipo lingüístico. ¿Es posible descubrir causas lingüísticas que motiven la existencia del fenómeno?

Parece indudable que un factor favorecedor y condicionante del sentimiento de inferioridad lingüística es el hecho de que con frecuencia

GRÁFICA 5.4
'Considero correcto decir:
Durante la huelga
hubieron muchos
desórdenes.'

las personas tienden a comparar el habla popular de su país con la variedad culta de otros países. Esta suele ser la única versión con la que muchos dominicanos han tenido experiencia, a través de la televisión, de algún sacerdote, de un turista o por otros medios. No es frecuente el contacto de la población con extranjeros procedentes de zonas rurales o de estratos sociales bajos. En este sentido, no tiene nada de extraño que sobre esta base desigual de comparación, la evaluación del modo de hablar de su propia nación resulte desfavorable. Por otra parte, es posible también que algunos hablantes hagan su evaluación sin haber oído nunca el español de otros países, motivados por la fama de que tradicionalmente han disfrutado esas variedades o tal vez por una especie de idealización de lo extranjero.

Los dominicanos tienen plena conciencia de que ‘se comen las /s/’, por ejemplo, pero se olvidan de que ‘en todas partes se cuecen habas’. Suelen ignorar que en Castilla, cuna de la lengua, donde se habla ‘el español más puro’, según creen algunos, también se producen cambios y eliminación de elementos lingüísticos. En el campo sintáctico se pueden citar ejemplos como el *laísmo* (la sustitución de *le* por *la*: *Ayer hablé con Isabel y la dije todo*); el uso de la doble preposición *a por*, en contextos que solo piden *por* (*Fue a por la revista*); la selección del pasado imperfecto de indicativo en la segunda parte de la oración condicional que comienza con subjuntivo (*Si tuviese dinero, me compraba un coche*). En cuanto a la pronunciación, resulta normal en Castilla el cambio de la /d/ final de sílaba y de palabra a una *z*: *azquirir* (adquirir), *Valladoliz* (Valladolid), *libertaz* (libertad). En esa región española, la /s/ final de sílaba se conserva, pero es notable la pérdida de la /d/ intervocálica, especialmente en los participios que terminan en -ado (*Todavía no ha llegado*), y la eliminación de la *k*, por ejemplo, en la combinación *ks* (la palabra *examen* es pronunciada *esamen*, en vez de *eksamen* o *egsamen*). Sin embargo, parece que los cambios que se relacionan con la /s/ resultan más chocantes y llaman mucho la atención, probablemente por tratarse de un sonido más frecuente que otros y quizá por su función morfológica como marca de pluralidad nominal (*las niñas*) y de segunda persona verbal (*tú hablas*, frente a *él habla*).

En definitiva, puede concluirse que rigurosamente hablando, no existen razones objetivas que justifiquen el sentimiento de inseguridad lin-

güística que experimentan muchos dominicanos. En otras palabras, el citado complejo de inferioridad no se fundamenta necesariamente en causas lingüísticas, sino en creencias motivadas a veces por la ignorancia y otras veces por realidades extralingüísticas, como el menor prestigio social, el bajo nivel de educación o el escaso poder económico de los hablantes.

Debe quedar bien claro que el modo de hablar una lengua constituye un factor importante en la configuración de la identidad cultural de las personas de cada país. El habla representa la más visible tarjeta de presentación con que cuentan los ciudadanos de cualquier nación. En tal sentido, los dominicanos se distinguen de los chilenos o de los salvadoreños, por ejemplo, no solo por lo que comen, por sus tradiciones, por su música, sino, especialmente, por su manera de hablar el español. Y si parece normal que les guste el merengue y se sientan orgullosos de saber bailararlo, también es muy legítimo que ejerzan plenamente su derecho de hablar como hablan, porque el uso de la lengua constituye una forma de comportamiento social, como los hábitos alimenticios, la manera de vestir y las tradiciones de los pueblos.